

28

Los muchachos
de París de
Justino del Valle
Correa: entre lo
autobiográfico y
la memoria
Rosa María Guzmán Merced

RESUMEN

DESDE LOS INDICADORES DE LA AUTOBIOGRAFÍA y la memoria se comenta la colección de artículos de Justino del Valle Correa titulada *Los muchachos de París*; un interesante texto sobre un grupo de estudiantes puertorriqueños que durante los años de 1949 a 1955 estudia medicina en París. Los recuerdos y las reminiscencias del autor revelan la efervescencia cultural y científica a la que estuvieron expuestos dichos estudiantes durante la época de la posguerra, sin soslayar los horrores que como remanentes deja cualquier conflicto bélico. El trabajo pasa juicio valorativo sobre la aportación a la historiografía y a las letras puertorriqueñas del conjunto de artículos que componen el texto.

Palabras claves: autobiografía, memoria, medicina, posguerra

ABSTRACT

AFTER THE CONCEPTS OF AUTOBIOGRAPHY and memoir is studied the collected articles by Justino Del Valle Correa gathered under the title *Los muchachos de París*. The collection is about a group of Puerto Ricans that during 1949 to 1955 were medicine students in Paris. The remembrances and reminiscences of the author show the effervescent period of postwar that these students were exposed to in terms of cultural and scientific events, but at the same time it reveals the horrendous remainings of bellicose conflicts. The present text appraises these group of articles as a contribution to Puerto Rican history and literature.

Keywords: autobiography, memoir, medicine, postwar

Milenio, Vol. 12, 2008

ISSN 1532-8562

*Nunca vemos la vida ni las cosas de la misma forma con el tiempo.
Lo único permanente es el cambio. "Panta rei"
(Todo fluye), decía Heráclito.*

Justino del Valle Correa

*Para mi discípulo Alef Colón, por darme a conocer el libro.
Para Miguel, por nuestros años de estudiantes en París.*

EN NUESTRO QUEHACER CULTURAL EN PUERTO RICO ha habido médicos que le han dado permanencia -a través de la escritura- a sus experiencias estudiantiles o que han incursionado en la literatura para, enmascarada tras la ficción, presentar un discurso que revele su percepción de un momento dado. Así por ejemplo puedo mencionar algunos médicos como Manuel Alonso autor de *El jíbaro* de 1849; Manuel Zeno Gandía, autor de *La charca*, entre otras novelas conocidísimas; Ramón Emeterio Betances conocido por su gesta patriótica a favor de la independencia y por la abolición de la esclavitud, pero tal vez menos conocido por su novela corta *Los dos indios*, redactada originalmente en francés,¹ Tomás Blanco figura importantísima dentro de la historia y la literatura puertorriqueñas, y José Rodríguez Pastor, quien como el tabaquero Bernardo Vega sale en 1916 de Cayey a San Juan para abordar el Coamo en el puerto de San Juan rumbo a los Estados Unidos, donde estudiaría medicina y donde además publicó con gran éxito el texto *Notas de un estudiante puertorriqueño. Donde se relatan las aventuras de un estudiante pobre en los Estados Unidos*.² A esta nómina sucinta de médicos cabe sumar con toda justicia el nombre de Justino del Valle Correa.

Los muchachos de París de Justino del Valle Correa es una compilación de artículos que aparecieron por primera vez en la *Revista de la Asociación de Médicos de Familia de Puerto Rico* y que posteriormente se agrupan bajo el título mencionado, junto a fotografías y documentos. Se trata de unas narra-

ciones en las que el autor, hoy médico retirado, relata sus años de estudiante de medicina en París. No intenta ofrecer la exégesis de una época, sino la descripción de la vida estudiantil. Así describe el autor la obra:

Estas páginas recogen algunos **recuerdos** de nuestros años de **estudiantes de medicina** en ese país entre los años **1949 al 1955**. Son páginas de **reminiscencias**. Las comencé a escribir **cumplidos ya los setenta años**, en mis horas de retiro, a solicitud de mis hijos y de mis nietos y antes que la desmemoria, naufragio trágico que nos puede traer la edad avanzada, los borrara de mi mente.³

Me interesa destacar varios aspectos de lo citado. Los términos **recuerdos** y **reminiscencias** advierten al lector que se trata de una retrospectiva impulsada por lo que Georges May ha denominado el **móvil afectivo**.⁴ Justino del Valle Correa retoma sus recuerdos para reavivar un pasado que le provoca placer. El autor recupera instancias de sus experiencias pasadas y comparte con los lectores esas reminiscencias. El uso del posesivo ‘nuestros’ al referirse a “nuestros años de estudiantes de medicina” coloca el acento en lo colectivo más que en la historia de su vida que sería fundamentalmente lo que exige una autobiografía. Aquí el *bios* o la vida que se privilegia no es la de Justino, sino junto a la suya y la de su esposa Zhura, la de un grupo: los muchachos de París. Por tanto, estas narraciones recogen las experiencias de ese otro u otros cifrado en el término muchachos. De ahí que el autor se refiera muchas veces por nombres y apellidos a los compañeros que vivieron lo que denomina la “loca aventura” de estudiar en París entre los años 1949 al 1955.

Precisamente las fechas que abarcan sus recuerdos son particularmente importantes. Se trata de los años de la posguerra, cuando al terminar la Segunda Guerra Mundial las posibilidades de estudiar medicina en Estados Unidos eran más limitadas porque, según relata el autor, “[...] las plazas eran ocupadas prioritariamente por los veteranos de las Fuerzas Armadas que estudiaban con las ayudas de la Carta de Derechos del Veterano (GI Bill of Rights). Tampoco, para esos años, las universidades acostumbraban dar admisión a estudiantes casados fueran o no veteranos, lo que obligó a muchos de ellos a trasladarse a Europa”.⁵

Por último, señalar que comienza a escribir **cumplidos ya los setenta años** es un indicador de que se inicia el proceso en una etapa de madurez y conversión. De acuerdo con Susanna Egan en *Patterns of Experience*⁶ las etapas desde las que se retoman los recuerdos pueden ser: la niñez que se mueve de la inocencia a la experiencia; la juventud que representa búsqueda o época de viaje en sentido figurado; la madurez que conlleva el relato de la experiencia de alguna crisis o la transformación a la luz de haber superado una;

y, finalmente, la vejez que conlleva la confesión o la conversión a la que tiene derecho por edad y experiencia un ‘héroe’ cuya autoridad le permite el relato de su historia. En el caso de *Los muchachos de París* el autor retoma desde la llamada etapa de la vejez su época de adulto recién casado para rememorar la participación de un grupo de puertorriqueños que tuvieron la extraordinaria experiencia de nutrirse no sólo de todo lo que ofrecía el ámbito académico de los estudios en medicina en Francia, específicamente en París y Montpellier, sino además participar y ser testigos de la actividad de una época culturalmente productiva y extraordinaria en el París de la posguerra.

Desfilan por las páginas de este texto interesantes referencias de la época como la rivalidad entre la Sorbona y la *École Pratique des Hautes Études* porque supuestamente la Sorbona había marginado al semiólogo Roland Barthes al negarle un puesto docente, entre otras razones, por ser protestante y homosexual. El regreso de Maurice Chevalier y la famosa Edith Piaf a los escenarios musicales y la literatura de Camus, Simone de Beauvoir, André Gide, Malraux y Sartre eran la novedad del momento. Asimismo señala el autor que “desperdigados anónimamente por las calles y modestas pensiones del Barrio Latino, un grupo de jóvenes escritores de la cuenca caribeña y del centro y sur de América, comenzaban (sic) a escribir las novelas, [los] cuentos, [las] poesías y [los] ensayos que constituirían el fenómeno literario conocido pocos años más tarde como el “boom” de la literatura hispanoamericana”.⁷

Pero no todo era efervescencia cultural. Antes, en el tren de Cherburgo a París, señala el autor que vieron “[...] con horror los remantes de la brutalidad y la locura colectiva que es la guerra en ciudades como St. Mère-Eglise, Caretan y Caen, aún parcialmente destruidas por los bombardeos de la liberación”.⁸ Sobre aquel primer año de estudios añade:

Era también época de racionamiento de combustible y de alimentos: azúcar, papas, arroz, café. A ese verano inicial, casi primaveral, habría de seguir en los meses subsiguientes un otoño de llovizna pertinaz y un invierno crudo que recordamos por la dureza de sus frías temperaturas y por la falta de calefacción que nos obligó a estudiar muchas veces con abrigo y guantes puestos. Pero éramos jóvenes, y a los jóvenes ni el frío ni el miedo los detiene[n].⁹

Del pasaje anterior, además de las dificultades que afrontan como si fueran personajes de una nueva picaresca por la desventura de estar fuera de la patria viviendo modestamente en una cultura, un clima y con un idioma totalmente distintos al Río Piedras que habían dejado, se destaca la insistencia del uso de la primera persona en plural: “éramos jóvenes”. Este rasgo prevalece a través de los relatos que componen la obra como para subrayar lo

establecido desde el título: el protagonista es colectivo y múltiple al mismo tiempo. Así esos ‘muchachos’ estudiantes y la ciudad de París se convierten en un solo protagonista, en un solo cuerpo con dos almas o en un alma con dos cuerpos como Quasimodo y la campana de Notre Dame de París, como dijera Alejandro Tapia respecto de su relación con Puerto Rico en sus conocidas memorias.¹⁰ Ellos están en París y París está en ellos.

Desde el presente en el que se narran los acontecimientos el autor deja un resquicio para lo que se ha llamado la utopía de la verdad cuando se incursiona en lo autobiográfico, ya que el recuerdo de lo vivido tan distante a lo narrado puede deformarse. Así por ejemplo, Justino relata en relación con aquel primer encuentro con la ciudad de París lo siguiente:

¡Quedamos deslumbrados! Nunca hubiéramos imaginado que ciudad alguna hubiera podido ser diseñada y construida con tal belleza. Guardo aún vivo el recuerdo del momento cuando contemplé la ciudad de París por vez primera, con sus muchedumbres anónimas, sus sonidos y colores. Después, hemos vuelto a esa ciudad muchas veces desde aquella lejana primera vez, pero nunca [...] ha sido igual. La suerte nos favoreció, pues fue espectacular el verano de París del año 1949. Un sorpresivo clima soleado y fresco nos permitió disfrutar de la animación de los bulevares, pasear por los muelles, curiosear en los anaqueles de los librereros, visitar catedrales y museos, pero sobre todo nos permitió caminar la ciudad sin cesar, sin itinerarios fijos, con la lentitud de quien disfruta de un buen vino, sin prisa para poderle descubrir paso a paso sus encantos [...]. O quizás-, no hubo realmente esa espectacularidad que medio siglo más tarde evoco. Si no fue así, ¿qué importa ahora?, si después de todo con nuestros sentidos y sentimientos de jóvenes así nos lo pareció entonces, cuando fuimos llegando, poco a poco, uno a uno a la capital francesa con nuestras maletas y nuestras ilusiones para dar comienzo a la gran aventura de nuestras vidas.¹¹

Esta cita me parece particularmente interesante porque el autor es consciente de que puede estar embelleciendo el recuerdo o lo que es igual, deformándolo. Sin embargo, como en cualquier texto con matices autobiográficos lo que importa no es la exactitud del recuerdo respecto de lo vivido, sino lo que ese recuerdo deformado o no –“qué importa”, como bien dice Justino– contribuye al presente, cuando echando una mirada retrospectiva un sujeto se mide en el tiempo. Eso es precisamente lo que hace el autor de estos interesantes artículos.

Lo dicho hasta ahora da cuenta del elemento autobiográfico en la obra de Justino del Valle Correa, pero es necesario sumar el componente del entorno más allá de la ciudad y sus encantos, es decir, el ambiente y el debate científicos que los muchachos de París tuvieron el privilegio de vivir. No hay que olvidar que en primera instancia los artículos iban destinados a un lector o a una lectora del ámbito de la medicina. No obstante, las referencias científicas junto a las experiencias vividas queda también imbricadas que resultan de gran interés y de valor cultural para cualquier lector o lectora.

Uno de los artículos más atrayentes es el que lleva por título “Sobre lo dulce y lo amargo”. En éste el autor describe su primera visita a la vieja Facultad de Medicina de París por donde había pasado más de medio centenar de médicos puertorriqueños. “Me imaginé (dice el autor) a don Ramón Emeterio Betances recorriendo estas calles, a veces como estudiante, a veces en papel de conspirador revolucionario”.¹² Explica en ese artículo la historia de la diabetes mellitus desde su identificación recogida en papiros hace más de tres mil años en el antiguo Egipto, hasta las ‘pugnas’ científicas entre Francia y Canadá por separar la insulina para dar nacimiento a la diabetología moderna, lo que logró Canadá y le mereció un Nobel de Medicina. No obstante, décadas más tarde la escuela francesa se repone del triunfo canadiense, dice Justino, al descubrir Janbon y Loubatières, su profesor en Montpellier, “los efectos hipoglucemiantes “de las drogas sulfa”, descubrimiento que abrió las puertas al conocimiento moderno de la fisiología, de la patogenia y al uso de los medicamentos orales en el tratamiento de la diabetes mellitus”.¹³

El autor resume para los lectores otras pugnas durante el siglo XIX entre químicos como Louis Pasteur y Antoine Béchamp por la autoría de trabajos e investigaciones científicas. Inserta hábilmente el relato de los estudios de medicina a mediados de siglo XX, cuando ellos llegaron a París, con épocas anteriores y posteriores a esa fecha para instruir a sus lectores respecto de la impresionante tradición científica francesa. Sin duda alguna, los estudiantes puertorriqueños estuvieron expuestos a una cultura médica extraordinaria.

Un pasaje que valida lo anterior es el del relato de su pasantía en siquiatria. Comenta Justino del Valle que una mañana se presentó ante el profesor Lafon para solicitar una autorización para visitar durante los meses de verano el Hospital de Psiquiatría como estudiante visitante, de modo que al comenzar el curso tuviera adelantado cierto conocimiento. El autor relata lo que sigue:

No tuve problemas con su autorización pero no sé qué me dio con preguntarle -novatadas de muchacho joven- si debía leer [...] a Freud, Adler o Jung. El hombre me miró por sobre sus gafas y me preguntó para qué. Yo no sabía ni qué decirle

y me emborujé en una respuesta evasiva que le hizo sonreír con disimulo. Me dijo: “Olvídese de esos tres caballeros distinguidos por ahora. Nosotros le enseñaremos sobre la química cerebral y sus efectos; métase en la biblioteca, lea a los clásicos griegos, y que Eurípides, Esquilo y Sófocles le enseñen sobre el comportamiento humano”. Esa fue mi primera lección de siquiatría.¹⁴

Así estuvo expuesto a fascinantes docentes en medicina y humanistas al mismo tiempo. Recuerda por ejemplo cómo al inicio de curso era tradición la ceremonia de la apertura universitaria en la que la lección inaugural la impartía un destacado académico francés o extranjero. “Eran realmente Conferencias Magistrales de Medicina matizadas por las Humanidades”,¹⁵ comenta el autor.¹⁶

No sorprende, por tanto, que los muchachos de París, tal y como aparecen en estos artículos-memorias hayan tenido tantas inquietudes, no sólo en su área de especialización, sino en otras materias. El ambiente de la posguerra fue sumamente rico en expresiones artísticas y culturales de todo tipo y la literatura fue siempre un lugar común. Hubo antes que los muchachos de París un grupo de puertorriqueños, sobre quienes Justino dice que sus estadias en Europa se habían convertido en leyendas en su grupo. Entre los que habían regresado a Puerto Rico antes de ellos partir menciona a José Antonio Torres Martínó, Julio Rosado del Valle, Aguedo Mojica, Segundo Cardona y Francisco Matos Paoli. Además de los estudiantes de medicina en el París de la posguerra coincidieron con Enrique Laguerre, los hermanos Figueroa, Ismael Rodríguez Bou, Arturo Morales Carrión, Alfonso Arana, Pablo García. Ciertamente se trata de figuras reconocidas y destacadas en el quehacer académico y profesional puertorriqueño. Sería interesante indagar cuánto de las experiencias de aquellos “muchachos” y su desarrollo intelectual influyeron en el devenir de la cultura puertorriqueña, una vez advinieron algunos de ellos a puestos importantes en la Isla. La Universidad de Puerto Rico fue en muchos casos la mediadora de aquel intercambio con el mundo europeo, de acuerdo con lo que señala el autor:

Todo había comenzado un año antes cuando don Jaime Benítez, el legendario Rector de la Universidad de Puerto Rico, recién llegado de una reunión de la U.N.E.S.C.O. informó a través de la prensa que nuestro primer centro docente habría de conceder becas para estudios médicos en Europa, excepto España, por la cantidad de mil dólares al año a estudiantes que cumplieran con los requisitos de admisión. Su negativa hacia España, según rumores de pasillo que el tiempo confir-

mó, se debió a la incompatibilidad intelectual y política de don Jaime con el régimen de Franco.¹⁷

El texto de Justino del Valle gravita entre el artículo de revista, lo autobiográfico y las memorias por lo que supone de colectivo y de énfasis en el acontecer social. El texto es indudablemente el recuento sencillo y cautivante de las experiencias de un grupo de estudiantes puertorriqueños que se formó profesionalmente en Francia, en ello radica su gran aportación. Pero al encontrar el desfile de destacados puertorriqueños en todas las esferas del saber que se alimentaron de las carencias y las riquezas de la posguerra europea, cabe preguntarse más allá de la propuesta memoriosa de Justino del Valle Correa y muy extrínsecamente, si aquella generación de médicos, escritores, pintores y músicos tuvo un efecto europeizante en el devenir de nuestra cultura. Sería provechoso el estudio coherente del legado de quienes integraron esa generación en las distintas disciplinas y el impacto posterior en la vida intelectual puertorriqueña. Por ello doy la bienvenida con gran entusiasmo a *Los muchachos de París* de Justino del Valle Correa donde entre lo autobiográfico y la memoria se interpolan fascinantes datos históricos que podrían cautivar a los muchachos y a las muchachas, por supuesto, del Puerto Rico actual.

NOTAS

- 1 El título original es *Les deux indiens. Episode de la conquête de Borinquen*. Fue escrita mientras Betances realizaba estudios doctorales en Francia. La traducción al español fue hecha por José Emilio González en 1977 y revisada por la escritora Carmen Lugo Filippi en 1997-98 para la publicación que el Congreso Nacional Hostosiano sacó en 1998, según informa el historiador Francisco Moscoso en el prefacio de la publicación antes citada.
- 2 El texto de Rodríguez Pastor fue publicado por primera vez en 1926 y en 1931 por la casa Silver, Burdett & Co. El libro fue adaptado para las necesidades del salón de clases para usarlo como lectura suplementaria de español en las escuelas superiores y colegios de Estados Unidos, según explica el autor en el prólogo a la tercera edición de 1958. Existe además una cuarta edición de 1965, lo que confirma el éxito de las memorias del médico cayeyano.
- 3 JUSTINO DEL VALLE, *Los muchachos de París, Puerto Rico*, edición del autor, 2003, p. 11. El énfasis es mío.
- 4 Véase de Georges May las diferencias entre el móvil racional y el afectivo en: *La autobiografía*, Trad. DANUBIO TORRES FIERRO. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. (Traducción del francés *L'autobiographie*, Paris, Press Universitaires de France, 1979).
- 5 JUSTINO DEL VALLE, Op. Cit., p. 10.
- 6 SUSANNA EGAN, *Patterns of Experience*, Chapel Hill and London, University of North Carolina Press, 1984.
- 7 JUSTINO DEL VALLE, Op. Cit., p. 19.
- 8 *Ibid*, p. 17.
- 9 *Ibid*, p. 19.
- 10 En *Mis memorias o Puerto Rico cómo lo encontré y cómo lo dejé*, Alejandro Tapia y Rivera se refiere a su relación con Puerto Rico en los términos citados.
- 11 *Justino del Valle*, Op. Cit., p. 15.
- 12 *Ibid*, p. 32.
- 13 *Ibid*, p. 37.
- 14 *Ibid*, p. 132.
- 15 *Ibid*, p. 73.
- 16 Uno de los atractivos de la colección de artículos de Justino del Valle Correa es precisamente las referencias interesantísimas a científicos,

pero también a escritores de diversas épocas como Dante, Boccaccio, Petrarca, Rabelais, Daudet, Joyce, Miller, Fanon que aparecen mencionados con gran acierto en el texto.

17 JUSTINO DEL VALLE, Op. Cit., p. 9.

BIBLIOGRAFÍA

DEL VALLE CORREA, JUSTINO. *Los muchachos de París, Puerto Rico*, edición del autor, 2003.

EGAN, SUSANNA. *Patterns of Experience*, Chapel Hill and London, University of North Carolina Press, 1984.

MAY, GEORGES. *La autobiografía*, Trad. DANUBIO TORRES FIERRO. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. (Traducción del francés *L'autobiographie*, Paris, Press Universitaires de France, 1979).

TAPIA Y RIVERA, ALEJANDRO. *Mis memorias o Puerto Rico cómo lo encontré y cómo lo dejé*, San Juan, Puerto Rico, La Biblioteca, 1990.

RODRÍGUEZ, PASTOR. *Notas de un estudiante puertorriqueño. Donde se relatan las aventuras de un estudiante pobre en los Estados Unidos*, 4ª ed., España, Ediciones Anaya, 1965.